

Las asombrosas peripecias del murciélago Vico



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

RADU ȚUCULESCU

LAS ASOMBROSAS
PERIPECIAS
DEL MURCIÉLAGO
VICO



Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Uimitoarele peripețiilor ale liliacului Vico în Mirabelia*

© Del texto, Radu Țuculescu

© De las ilustraciones, Radu Răileanu

© De la traducción, Marian Ochoa de Eribe

© Editura Polirom, 2022

Publicado por acuerdo con Ilustrata Agency, Barcelona

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-18-9

Depósito legal: M-11.747-2025

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

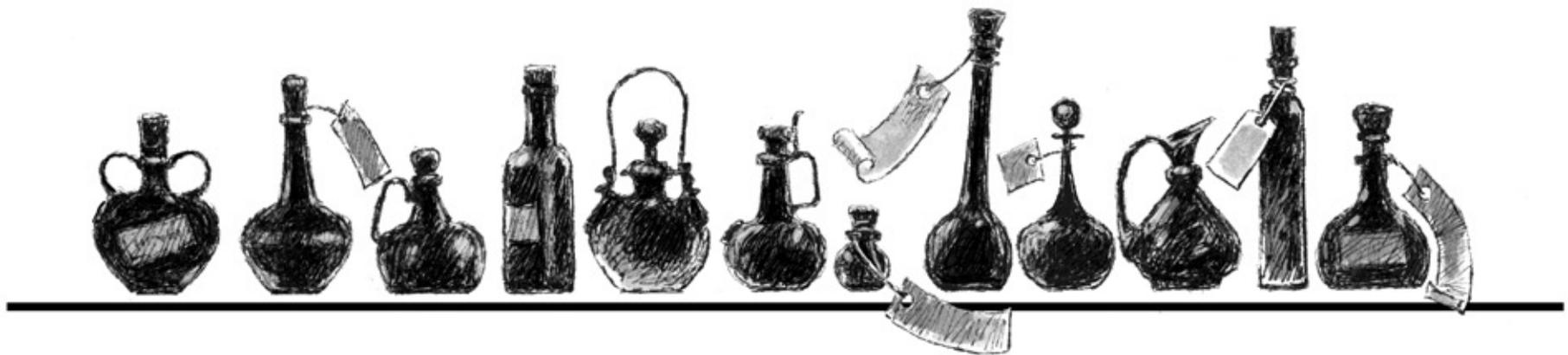
Ilustraciones de Radu Răileanu

Traducción del rumano de
Marian Ochoa de Eribe

 Siruela

Las Tres Edades

Para Vanessa, el amor del abuelo



Me llamo Vico. Tengo dos hermanos, yo soy el pequeño. Mis padres son muy buenos, quieren lo mejor para nosotros. Nos educan de maravilla. Mi madre es muy trabajadora, y mi padre, un modelo de valentía.

—Intrépido mío —lo alaba mi madre a menudo.

—¡A un dragón le cortaría las cabezas en un pis-pás!

Una respuesta que repite sobre todo por la noche, después de tomarse un vasito de un líquido rojizo. Aquí no viven ogros ni dragones. Pero nunca se sabe cuándo podría aparecer algún despistado de otros territorios.

Tuvieron problemas conmigo desde que nací. Me lo ha contado mi madre. Berreaba furioso cuando llegaba la hora de acostarme. Era inútil preguntarme si me dolía algo, no sabía hablar todavía.

—Tal vez tenga retortijones de tripas.

Mi madre me masajeaba suavemente y yo me callaba. En cuanto me colocaban junto a mis hermanos,





colgados de la rama, gritaba con toda mi alma. Mi madre me bajaba y me daba unos golpecitos en la espalda. Yo eructaba varias veces y me quedaba callado como una tumba. Incluso gorjeaba contento.

—Ya está, ya se le ha pasado. Ponlo en su sitio. ¡A ver si se queda dormido! ¡Nos ha aturullado a todos! —refunfuñaba mi padre medio dormido.

En el momento en que mi madre me colgaba junto a mis hermanos, empezaba a berrear tanto que temblaban los árboles de alrededor.

—¡Déjalo que se tumbe en el suelo, como un muerto! —se enfadaba mi padre—. Ya le entrará el juicio cuando crezca.

Acostado en horizontal, me quedaba dormido al instante con una sonrisa encantadora en el hocico.

Nosotros vivíamos solos, en un hueco de nuestra propiedad. No nos apretujábamos en cuevas ni bosques con otras familias. Pertenecíamos a la categoría de los acomodados. Una familia de murciélagos vampiro de origen noble y especial. Se trata más concretamente del origen de mi padre. En una de sus alas se distingue su escudo. Dos colmillos ensangrentados y un ala negra. Los orígenes de mi madre, sin embargo, se encuentran en la gran masa de insectívoros en la que no existen escudos. Entre ella y mi padre hubo —y hay— un gran amor. En

consecuencia, mi madre se adaptó a las nuevas normas de la vida aristocrática. De vez en cuando, sin embargo, engulle también alguna ración de insectos y mi padre hace como que no ve.

Nuestra casa es un agujero en el tronco de un árbol y está muy bien situada en las cercanías de unas granjas. Mi padre la heredó de sus abuelos. Por la noche, cuando los animales están profundamente dormidos en sus establos, les hacen unos pequeños cortes y lamen con avidez la sangre que brota sin que nadie sufra. A mí, como era pequeño todavía y no tenía ni idea de volar, me trajeron la sangre en un vasito. En cuanto sentí la primera gota en la lengua, vomité hasta que se me saltaron las lágrimas. ¡Vaya susto en la familia!

—¡El niño está enfermo! ¡Ve a buscar un médico, deprisa! —le dijo mi madre a mi padre.

Vino el médico, me examinó con gran atención y dijo en tono solemne:

—Algunos niños pueden reaccionar así cuando prueban por primera vez nuestra comida tradicional. No os asustéis, no se trata de una enfermedad. Os recomiendo que le deis zumo de fruta...

—¿Zumo de fruta? —gritó mi padre asombrado—. ¡Es una verdadera ofensa a nuestros antepasados!